

Dimensión psico-social del deporte en la sociedad del siglo XXI

por **D. Santiago Coca**

*Conferencia pronunciada
el 13 de febrero de 2001*

Forum Deusto

Dimensión psico-social del deporte en la sociedad del siglo XXI

Santiago Coca*

1. A modo de introducción

En este debate, que el FORUM DEUSTO ha programado desde la perspectiva de las «Incertidumbres de un mundo en mutación», el deporte se cobija muy a gusto.

Porque si hablamos de *mutación* como *circunstancia*, o caldo de cultivo, donde se cuecen todos los cambios de este mundo; o si hablamos de *mutación* como *proceso*, o realidad dinámica, que tiene lugar en medio de esa circunstancia; o si hablamos de *mutación* como el *resultado* que se deriva de ese continuo hacerse y deshacerse en que consiste la vida, hemos acertado al elegir el *deporte* como tema de reflexión y de debate, puesto que al referirse el deporte al *ser humano en movimiento*, estamos reclamando, para su definición, la circunstancia, el proceso y el resultado que le convienen a él como a cualquier otra mutación humana.

En el deporte el ser humano *se acontece*, se vive a sí mismo como distinto de lo que era antes de expresarse activo físicamente. Deportándose —permítaseme acudir a los orígenes semánticos del término deporte—, el ser humano expresa con su gesto una esperanza, por ejemplo ganar, o encontrarse con los demás en una relación antagónica y pacífica, o sentirse más sano, y en este proyecto de ser otro, propicia *el cambio de su identidad*.

Estar en forma, subir a un podio, recrearse, no son maneras triviales de estar instalados en la vida, son singularidades que afectan a la *totalidad del individuo*.

* Santiago Coca Fernández es Licenciado en Filosofía y Doctor en Ciencias de la Información. Profesor de la Facultad de Humanidades de la Universidad San Pablo-CEU de Madrid, compagina esta actividad con la de entrenador de fútbol y balonmano. El Profesor Coca ha sido profesor invitado en las Universidades Complutense y Politécnica de Madrid, en la Universidad de Salamanca y en la Universidad de Deusto de Bilbao. Es autor de nueve libros, así como de diversos artículos sobre deporte.

- De ahí que *MOVE*SE deportivamente, no sea sólo cambiarse de sitio, sino incorporarse, de buen grado, a una nueva *situación vital* que rompa el hecho cotidiano de una rutina.
- De ahí que *MOVE*SE deportivamente, sea trascender la quietud y por lo mismo expresarse frente a los demás como un *testimonio de mutación*.
- De ahí que *MOVE*SE deportivamente, sea criticarse el ser como se es y apostar *por un aparecer* que evidencie, al que así se mueve, como un alguien que busca formas distintas de ocupar un sitio en su mundo.
- De ahí que *MOVE*SE deportivamente, sea más que nada, un querer superarse, en un intento, unas veces logrado y otras fallido, de *dejar de ser menos para ser más*.

El *deporte* es, y lo representa, un mundo complejo de *mutaciones* entre lo que se desea y lo que se consigue, entre el proyecto y la realización, entre el sentirse a gusto si el triunfo rubrica su esfuerzo y el descubrirse avergonzado ante su fracaso.

Quien se mueve deportivamente sabe muy bien cuántos cambios experimenta. Y sabe muy bien cuántas *incertidumbres*, dudas, vacilaciones, se generan a su alrededor. Qué hay más incierto, por ejemplo, que un resultado deportivo, o que el fruto de un entrenamiento, o que la voluntad decidida de batir un récord. En el deporte no hay voluntarismos a ultranza que garanticen los éxitos. El deporte sólo entiende de *aproximaciones* a sus objetivos, lo demás está por debatirse.

Según estas apreciaciones el deporte, como fenómeno humano, debería encontrarse más a gusto en su *hacerse* y no tanto en su *resultarse*. Pero la justificación de los medios para alcanzar un fin, que es propia de la concepción ética de la vida, no siempre coincide con la del fin, con la de los resultados, en el deporte de alto rendimiento. Entre estas dos valoraciones intentaremos esclarecer las incertidumbres de ese deporte.

2. ¿De qué deporte hablamos?

Definir unívocamente el deporte es tarea poco menos que imposible dado su carácter polisémico. Pero sí podemos acotar la extensión de sus manifestaciones y encontrar un lugar común para el debate.

No hablamos de la dimensión educativa del deporte, de su múltiple configuración en formas concretas de las que entiende, directa o tangen-

cialmente, la *Educación Física*, o la Psicomotricidad, o la Expresión Corporal. Tampoco hablamos de la caracterización *recreativa* del deporte, asociada a los tiempos del ocio activo y pasivo de cualquier ser humano. Ni siquiera evidenciaremos aquí la expresión *lúdica*, que le es tan propia, y que constituye, en palabras de HUIZINGA, el origen de nuestra cultura.

Nuestro debate se centra, exclusivamente, en lo que entre todos hemos dado en llamar el *deporte de alto rendimiento*. Que no se circunscribe, aunque lo incluya, al fútbol, este fenómeno de masas que se ha convertido, entre otras realizaciones, en una actividad económica que se mueve entre el 3 % y el 5 % del PIB europeo.

Entendemos el deporte de alto rendimiento como un espectáculo festivo y competitivo, cuya finalidad es el logro de los mejores resultados, incluido el beneficio económico, interpretado por profesionales, cimentado en el soporte de múltiples respuestas científicas, promovido según los criterios que presiden una gestión multinacional y globalizada, politizado según diversas conveniencias, y que se proyecta mediáticamente como una de las alternativas culturales más apetecidas por quienes viven este siglo XXI.

Si concretamos los conceptos claves, que especifican este tipo de deporte, podríamos elegir el de ser un *espectáculo de masas*, el *profesionalismo* como dedicación exclusiva, el *dinero* como argumento de principio y fin, las *ciencias aplicadas* a la configuración social del campeonismo, la *política* como réplica estructurante de una determinada opinión pública, los *resultados* que justifican o censuran un proceso, y los *medios técnicos de información*, testigos fidedignos o desacreditados, de este fenómeno humano.

¿Tiene sentido involucrar a este deporte entre las incertidumbres de un mundo en mutación? Mi respuesta es que sí, y me baso, para mi afirmación, en la realidad misma, inobjetable, del *cambio*:

- Cambia el mundo, es una obviedad desde luego, que nos legó estereotipada el «panta rei», el todo fluye, de HERÁCLITO.
- Y cambia lo mundano, esa instalación del ser humano en su mundo, tan aceleradamente, que apenas deja tiempo para la memoria y la reflexión de las consecuencias a que da lugar.
- Y ha cambiado el deporte del alto rendimiento, desde que ARISTÓTELES lo criticara acerbamente porque obsesionaba a los jóvenes de su tiempo.

Entonces, ya lo dijimos, si *el cambio es circunstancia, y es proceso y es resultado* de una parte, al menos, de los fenómenos humanos, ¿el

deporte de alto rendimiento también está afectado de esa manera, como circunstancia, como proceso y como resultado? Y en el caso de que así fuera ¿a qué clase de *incertidumbres* estaría avocado?

3. Las incertidumbres del deporte de alto rendimiento

Tres bloques de incertidumbres, entre otros, lesionan y alteran el quehacer cotidiano del deporte de alto rendimiento:

1. Un primer bloque acoge las incertidumbres de *la expectativa*, o incertidumbres del deporte por venir. Son propias de aquellos que aún no son campeones o figuras destacadas del deporte y quieren serlo.
2. Un segundo bloque, se configura en torno a las incertidumbres de *la consolidación*, o incertidumbres del deporte cara a cara. Son propias de aquellos que sí son campeones o figuras destacadas del deporte y se esfuerzan por seguir siéndolo.
3. Y un tercer bloque, que se fija en las incertidumbres de *la integración*, o incertidumbres a la espalda del deporte. Son propias de aquellos que irremediablemente han dejado de ser campeones o figuras destacadas del deporte.

Las incertidumbres citadas que nacen como consecuencia de una visión específica del *tiempo asociado al deportista*, acarrear un sinfín de tensiones y percances, nos obligan a mirar al deporte de alto rendimiento con preocupación, y nos colocan también a nosotros, a la hora de emitir un juicio, en la cuerda floja de la incertidumbre, del no saber muchas veces a qué atenernos.

3.1. Las incertidumbres de la expectativa

Hablamos de los que aspiran a ese ser distintos y famosos en el deporte de alto rendimiento, y viven esas vísperas *expectantes* hasta que lo consiguen, unas veces prolongadamente, otras veces dolorosamente, y otras, casi siempre, durante mucho tiempo y en la carne viva de dos de las más crueles de las incertidumbres: el *no saber qué hay* al otro lado de esa frontera, que según ellos los conducirá a la gloria, y el *no saber qué precio* van a pagar por encumbrarse.

—Ante nuestra consideración, dos grupos de deportistas: el primer grupo, el de los *niños y los jóvenes*, a la búsqueda de esa su primera oportunidad, como si fuera oro todo lo que reluce en el

- deporte de alto rendimiento; el segundo grupo, el de los *profesionales* reducidos al ostracismo temporal de los banquillos reservas, desde donde todo es igualmente posible e imposible.
- Y como los dos grupos participan de las mutaciones que sufre el mundo en el que se están dando a conocer, un mundo donde resulta incómodo sustraerse al hecho de que los *resultados positivos* son sinónimo de categoría social, y un mundo donde esos resultados *prevalecen sobre el valor ético del proceso* que los hace posible, la consecución de sus respectivas expectativas se verá avocada a una suma de sinrazones que sumirá a los deportistas en un mar de incertidumbres.

3.1.1. *Hablamos en primer lugar* de las incertidumbres entrañadas en el grupo de los que por vez primera llaman a las puertas de la fama, hablemos de los niños y de los jóvenes, hablemos de los que no siempre por sí mismos disponen de su libertad para decidir lo que les conviene durante este tránsito entre el querer y el poder.

Partimos de un supuesto, el derecho a *ser diferentes* y el derecho a promocionar estas diferencias. En consecuencia con este punto de partida, hay quienes se comprometen con el deporte de alto rendimiento desde sus años infantiles o juveniles, llevados de su deseo, o el de sus padres o promotores, por ser distintos.

Y acorde con este deseo nace el fenómeno, ¿lo llamamos educativo, comercial, profesional?, el descubrimiento de las figuras o *la detección de los talentos* deportivos en ciernes, que no revela, al menos desde una perspectiva teórica, ningún trauma a excepción de las dudas razonables sobre el alcance de la puesta en práctica de este proyecto.

Las incertidumbres comienzan cuando desde la *concepción ética* de cualquier aventura humana nos hacemos en voz alta las siguientes preguntas:

- ¿Cómo justificar los *procesos* del aprendizaje, y en consecuencia de la maduración humana y deportiva, de los posibles futuros talentos deportivos?
- ¿Quiénes son, y cómo *se comportan*, los que intervienen como responsables en estos procesos?
- ¿Qué atención merecen todos los que se van quedando en el camino, los no seleccionados, aquellos de quienes, como *perdedores*, no hablará nunca la historia del deporte?

En el intento de dar el salto desde el nivel del *ser deportivo* a la cúspide del *ser altamente deportivo*, ¿no nos estaremos jugando la dimensión del *ser humano*, con todas sus consecuencias, también la de ser *legítimamente diferentes*? Nos asalta la duda, confirmada en más de una ocasión, de que en este buscar entre los niños y los jóvenes a los futuros campeones, no siempre la ética se impone como fórmula indiscutible. Por ejemplo:

- No se respeta, en todas las ocasiones, el *tiempo humano* que marca sus ritmos en el desarrollo o evolución de las exigencias de la personalidad. Y se fuerzan, adrede, se aceleran, se condicionan, las respuestas deportivas de esos niños cuyas cualidades *técnicas* pueden ser sobresalientes, pero cuya experiencia, cordura o madurez humana, dejan aún mucho que desear.
- Se intensifican los protocolos del entrenamiento que luego darán origen al nacimiento de unos campeones *artificiales*, sujetos a la tiranía de los resultados, incapaces de asumir la incertidumbre de las consecuencias de una derrota, que podrá relegarlos, como a otros muchos, al olvido, desde el que volverán de nuevo a padecer las incertidumbres de su futuro.
- Se destaca *no la realidad* complejísima del deporte de alto rendimiento, sino sólo su cara amable, como quien ofrece el señuelo, no la garantía, porque es aleatoria, del triunfo y del dinero, aparentemente fácil, que lleva aparejados.
- Hasta se multiplican las competiciones de alto nivel para los *menores de edad*, quienes así despiertan muy temprano al estrés de la incertidumbre competitiva, identificándose por fuerza con tareas que no les son propias, y asomándose a esa incertidumbre del MUNDO, mundo con mayúscula, de sus mayores, mundo de rentabilidad a corto plazo, para el que no han sido preparados.

Las respuestas a la pregunta por qué surgen las incertidumbres en este grupo de aspirantes a la fama deportiva, son sencillas a la vez que plurales:

- Por *desinformación*, consentida o irresponsable, de lo que significa el compromiso con el deporte de alto rendimiento.
- Por *inmadurez* asentada en la impaciencia de llegar cuanto antes al podio de los mejores, y en la apetencia de un dinero que se barrunta generoso.
- Por el *mimetismo* que alientan los modelos de un deporte llevados en volandas por los medios de información.

—Y porque el saber práctico, que dicta la *valoración ética* para definir las conductas, brilla por su ausencia.

¿Sería de extrañar que enumeráramos, en el debe de los niños y los jóvenes, como posibles consecuencias de estas incertidumbres, el *desarraigo* de sí mismos y de su mundo, la *frustración* ante lo inabordable o el *resentimiento* hacia quienes los manipularon?

Si todo cambio requiere su estudio, su desmenuzamiento entre los pros y los contras que alumbran los nuevos hallazgos, para que las crisis que se derivan de todas esas mutaciones no resulten traumáticas, es lógico deducir que el cambio que conduce al mundo del deporte de alto rendimiento o se analiza *éticamente*, y se aceptan sus resultados —aquí sí que los destacamos—, o se dejará abierta la espita al despropósito y a la injusticia.

3.1.2. *Hablamos ahora* de las incertidumbres que acucian al *segundo grupo* humano, esta vez integrado por los profesionales del alto rendimiento, y cuya vida deportiva, no obstante las apariencias, no es fuente de quietud ni de seguridad.

Nos referimos a los que *nunca merecerán* que sus nombres se destaquen en rótulos llamativos, a los que nunca se consagrarán como figuras estelares, a los que una lesión o una suma de lesiones truncó sus aspiraciones legítimas de conseguir la fama, a los que las decisiones de un entrenador dejó pegados a un banquillo de reservas sin que se les brindara una oportunidad para dar lo mejor de sí mismos, a los que las veleidades de unos políticos impide su participación, por ejemplo, en unos Juegos Olímpicos por aquello de la política y de sus boicoteos injustos.

¿No es incierto su futuro cuando ni siquiera tienen garantizado su presente? ¿No resulta alienante saberse *en manos ajenas* que resuelven por uno sin su permiso? ¿De qué les vale ser libres si no están autorizados a llenar de certezas sus incertidumbres?

Es verdad que el supuesto de los profesionales nada tiene que ver con las circunstancias, que podían limitar la categoría humana, anteriormente expuesta, de los infantiles y juveniles. Pero no es menos cierto que si hablamos de incertidumbres en medio de un mundo en cambio, tenemos que aludir, siquiera, a unos deportistas que también se sienten amenazados por un tipo de deporte que los explota en su implacable determinación del usar y tirar.

* * *

Las ALTERNATIVAS a este tipo de incertidumbre *deshumanizadora* estriban:

- En el *respeto* a la dimensión humana, que identifica, sin más aditamentos, el ser del niño, del joven y del adulto.
- En la *información*, científicamente fiable, del por qué y del cómo, de todas las propuestas que se les ofrezcan.
- En los criterios *éticos* de la selección y aprendizaje.
- En la excelencia *humana y deportiva* de los responsables de los aspirantes a campeones y de los profesionales anónimos.
- Y en el *auto y hetero control* de los procesos que roturan los caminos hasta la profesionalización deportiva de los más jóvenes y los de la consolidación de los adultos.

3.2. *Las incertidumbres de la consolidación*

Hablamos ahora desde el tuétano del deporte de alto rendimiento, desde su prolija intimidad, desde el latido de los campeones o de los profesionales que al optar, como adultos, por un presente comprometido con los *resultados*, eligen al mismo tiempo un futuro repleto de incertidumbres.

La divisa «*Citius, Altius, Fortius*» (Más rápido, más alto, más fuerte), que le sirvió, originariamente, al dominico francés DIDON como acicate pedagógico para que sus alumnos alcanzaran un mayor grado de madurez humana, inspiró a PIERRE DE COUBERTIN su lema olímpico, que también suponía un reclamo para la superación de sí mismo y un reconocimiento al esfuerzo por obtener el triunfo deportivo.

Estas palabras han derivado, en la práctica del deporte de alto rendimiento, y a través de cambios reiterados, hacia el logro de los *resultados por sí mismos*. La entronización de esta exigencia ha cambiado, a su vez, la consideración humana del deportista profesional en nuestros días, y ha incrementado la incertidumbre como circunstancia de perplejidad y fuente de disgustos.

Junto a la consecución de los resultados positivos se incentiva la fijación del *récord*, y a caballo de esta galopada insaciable se ha instalado entre nosotros el *campeonismo*, que no la figura del campeón, como alarde ejemplarizante en una sociedad, también insaciable de famosos, donde ya no cuentan tanto los procesos éticos, que humanizan, como los resultados. Los fines, una vez más, instaurados como medida de todas las cosas, ante la mirada inquieta de quienes segui-

mos apostando, desde un principio, por los medios y los caminos bien hechos.

Al profesional del alto rendimiento no le queda otra salida que la búsqueda incesante del *éxito con todas sus secuelas*. Y conforme a este propósito acepta vivir, por una parte, bajo una continua tensión competitiva, y por otra parte bajo una presión social, tan insistente y tan insaciable de triunfos como la primera.

—Porque el profesional deportivo ha llegado a representar a un sector de la sociedad que se identifica con él, y ya no podrá desligarse de las expectativas que sobre él se ciernen. Con él ganan unos colores, una política, un pueblo, un sentimiento, un ideal, y el fracaso cala tan hondo que lo de menos es que alguien no haya subido a un podio, ni haya sufrido en el intento de conseguirlo, lo malo es que se ha convertido en un perdedor y sobre él recaerán, como un chivo expiatorio, los malos humores de muchos.

* * *

Tampoco el deporte de alto rendimiento admite a los *neutrales*, si entendemos por neutralidad la actitud de quien hace lo posible por ganar pero que cuando fracasa no se rasga las vestiduras.

—Ni el alto precio que se paga por los deportistas consiente la neutralidad —otra cuestión es si resulta o no excesivo ese dinero—, ni a los aficionados les da lo mismo perder que ganar porque han convertido a los campeones en uno de los nuestros, ni la toleran los clubes que pagan cuantiosos sueldos en favor de sus profesionales, ni la pasan por alto las multinacionales del deporte puesto que su logotipo es sinónimo de triunfador, ni la aceptan los medios de información cuyas palabras, sonidos e imágenes van asociadas a los éxitos como sus resonadores eficaces.

¿Hay mayor incertidumbre para los deportistas, que la de sentirse arrinconados en medio de *tantas solicitudes extremas*, que no entienden de otras alternativas que no sean las de la victoria?

—También ellos, a pesar del dinero, son humanos y el fallo les pertenece como cualquier otra respuesta libre. También compiten frente a ellos sus oponentes, reclamados desde las mismas urgencias a ganar. Y también existe el factor de lo imprevisible que modifica y echa a perder el pronóstico más favorable.

¿No será que una parte del mundo ha descubierto una escapatoria a sus amarguras y deposita sus frustraciones sobre los hombros de los profesionales del deporte, que asumen así su servidumbre de *chivos expiatorios*, al modo de los antiguos sacrificios?

Se renueva en nuestra sociedad, informativamente globalizada, el pacto que ya desde PINDARO existía entre los héroes deportivos y las palabras que los dieron a conocer. El campeón no lo era de verdad hasta que *el lenguaje* no se apoderaba de él y lo remitía, pletórico de vida, al pueblo. Y a su vez el lenguaje necesitaba al campeón para hacerse valer delante del pueblo como vehículo ideológico, y protagonista mediático, de una grandeza que se repartía entre todos.

—Nuestros héroes deportivos están de acuerdo en ser carne de *popularidad*, se deben a ella, están a gusto con ella, pero al mismo tiempo se reconocen deudores de ella, y se inclinan frente a la servidumbre de esa fama pasajera. Si pierden, las palabras serán sus primeros verdugos, si ganan seguirán firmando autógrafos. Pero mientras tanto sobre ellos planeará la incertidumbre como espada de DAMOCLES.

* * *

Si hablamos del lenguaje cómplice de la heroicidad deportiva y factor de incertidumbre para el deportista, que se siente incapaz de ocultar sus fracasos ante la opinión pública, hablemos en concreto de la *televisión* que fagocita el pensamiento crítico del aficionado —le ofrece sólo las perspectivas previamente elegidas del acontecimiento deportivo—, y que promueve incónicamente los perfiles triunfadores o perdedores de los deportistas.

El televidente consume la vida efímera de la imagen deportiva casi al mismo tiempo que la vida misma del deportista, que valdrá tanto cuanto más tiempo sea objeto de atención de las cámaras.

—Ya nos encontramos de nuevo con otra incertidumbre, la que define la importancia de una vida según los segundos que ocupe en la pantalla. Y como el profesional del deporte de alto rendimiento no deja de ser, al mismo tiempo, un profesional del espectáculo, su futuro dependerá de esa *permanencia asociada a la imagen*.

Los clubes han aceptado los ingresos que les proporcionan las distintas cadenas de televisión como recurso y como solución a sus pro-

blemas económicos. Los deportistas también aceptan este acuerdo que les beneficia económicamente —sus derechos de imagen forman parte de un debate aún no resuelto—, pero no conseguirán liberarse de la trampa del doble juego a que les someten las televisiones, dinero para hoy incertidumbre para mañana.

En medio de esta disyuntiva, ya han propuesto los profesionales el reparto, en mayor cuantía, de los millones que está generando el deporte de alto rendimiento. ¿Supondrá esta rebelión, o este reclamo justo, la *incertidumbre sobre el futuro de un nuevo concepto del deporte*? Posiblemente sí.

El deportista no quiere quemarse en la instantaneidad, en la fugacidad, de una imagen virtual, y busca compensaciones que le garanticen su futuro. Cambia incertidumbre por dinero, fama pasajera por seguridad, protagonismo presente sometido a las miradas indiscretas de todos por anonimato futuro exento de preocupaciones.

* * *

En este desgranar el rosario de incertidumbres que parecen ser consustanciales al deporte de alto rendimiento, nos permitimos citar, como última propuesta, la incertidumbre que procede del *todo vale* para obtener unos resultados favorables. Nos referimos al *dopaje* como apelación al esfuerzo sobrehumano que va más allá de lo éticamente consentido.

Si los resultados mandan, y son inciertos, el *dopaje* se ofrece como una receta que supera la incertidumbre, pero receta de doble filo, porque aun en el supuesto de que con ella desapareciera la incertidumbre —el seguro del triunfo al alcance de una pastilla—, con ella, igualmente, se desbarata hasta la noción misma de ser humano. Es aquí donde el dopaje manifiesta su malicia bajo capa de lealtad al deportista y no en los elementos que revelarían la composición de un producto farmacológico peligroso, o en los métodos que enmascararían la posible presencia de sustancias prohibidas.

Si explicamos al ser humano, en frase del Profesor EUGENIO TRÍAS como *habitante del límite*, repetiríamos con él: «no quieras ser sobrehumano... y respeta el intervalo que te separa de las estrellas».

Los deportistas deberían reconocer, como nadie, sus limitaciones, sus desfallecimientos, sus ignorancias, sus inseguridades, y rebelarse contra la tiranía de quienes quieren convertirlos en los nuevos Prometeos

para que roben el fuego de lo imposible, y para que así traduzcan sus limitaciones en pruebas inconclusas de infalibilidad todopoderosa. ¿Por qué no probar la aparente inocencia del dopaje que recompensa con la muerte de las incertidumbres?

¿Y por qué no aliarse con la ciencia y la tecnología crecientes del siglo XXI, para que se acerquen al deportista con la mano tendida, mano libre de miedos y de sospechas, y para que sus respuestas reduzcan los índices de la incertidumbre hasta su proporción correcta?

¿Por qué no ponerle trabas a cuantos proyectos deshumanizadores del deporte del alto rendimiento supeditan la libertad del deportista al despotismo de las coacciones desmedidas? ¿No hay respuestas científicas, por ejemplo, que hicieran compatibles, humanamente, las incertidumbres con los récords?

Si convertimos el deporte de alto rendimiento no en una ocupación física bajo sospecha permanente, sino en un ejercicio humano que *transforma todo el ser*, entonces estaremos hablando no de olvidar incertidumbres sino de buscar lo mejor de cada deportista, no obstante sentirse limitado. Porque ni la ciencia, ni la técnica, ni la ética, ni el ser humano son ajenos a las incertidumbres, tampoco el deporte. Al fin y al cabo todos ellos son humanidades a la búsqueda de su propia humanización.

— Aunque claro está, que para admitir que en el deporte de alto rendimiento, *la certeza es la incertidumbre*, y que su grandeza reside en el hacerse a diario y no en el hallarse ganador en todas las ocasiones, hay que pronunciar, aún, muchas palabras desde muchos sitios.

* * *

Las ALTERNATIVAS a las incertidumbres generadas por esta visión deportiva de la consolidación, vendrían dadas:

- Por el *respeto*, una vez más, a los deportistas como seres humanos.
- Por la valoración no del resultado sino del *esfuerzo*, que se hace ostensible en el transcurso del acontecimiento deportivo.
- Por la justicia o la adecuación medida, en términos monetarios, entre lo que en realidad *vale cada deportista* y lo que cobra.
- Y por la conciencia ética que asigna, siguiendo las afirmaciones de FERNANDO SAVATER, el *valor y la generosidad* como virtudes propias que dignificarían a los deportistas.

- El *valor* como coraje para rechazar el artificio del juego sucio, a espaldas de la transparencia con que los demás articulan sus respectivas respuestas deportivas.
- El *valor* como coraje con el que el deportista asume su condición humana limitada y la dispone, en el terreno de la igualdad y de la libertad, para transformarla en acción deportiva humanizadora.
- El *valor* como coraje para aceptarse como posible perdedor en medio de un mundo que prefiere, con harta frecuencia, la aureola del triunfo final a la legitimidad de los pasos intermedios.
- La *generosidad* para implicarse en el vitalismo del juego limpio, que frecuentemente le va a conceder el triunfo a sus oponentes. El deportista también es un ser humano propiciador de victorias ajenas.
- La *generosidad* como desprendimiento de cualquier pasividad que luego tuviera que ser compensada desmedidamente y como disposición permanente a ser ese «Citius, Altius, Fortius», aun a sabiendas de que no siempre el deseo es sinónimo de realidad.
- La *generosidad* con la que se ofrece a quienes admiran el deporte de alto rendimiento, a los aficionados de todas las latitudes, casi todos desconocidos para él, y a quienes los deportistas proporcionan la oportunidad única de liberarse de tensiones y de sus propias limitaciones.

3.3. *Las incertidumbres de la integración*

Finalizamos con este capítulo las reflexiones sobre los tres bloques de incertidumbres que configuraron, desde un principio, nuestras propuestas en torno al deporte de alto rendimiento.

Nos preocupamos ahora de quienes deciden abandonar su actividad de deportistas profesionales, o son obligados a ello, por razones múltiples, de familia, de edad, de salud, y tienen que *integrarse* en un mundo donde reina el anonimato y donde también los cambios, que en él se han operado, les muestran una imagen muy distinta a la que ellos en su momento conocían.

- El cambio radical, que se opera entre el *ser conocido* y el *ser olvidado*, desconcierta, traumatiza, y sumerge a los deportistas, que no se hayan preparado para esta nueva vida, en un mar de *incertidumbres*.

El deporte de alto rendimiento es tan absorbente de las energías de sus profesionales que sólo les permite estar pendientes del *tiempo pre-*

sente. Viajes, entrenamientos, concentraciones, partidos, configuran un calendario tan recargado de obligaciones, que distrae de cualquier anticipación de lo que está por venir. De ahí que conciliar, al mismo tiempo, la dedicación del ahora con la previsión del mañana no esté al alcance de todos ni mucho menos.

Por otra parte, el presente está tan rebosante de felicitaciones, de dinero, de responsabilidades públicas, de intentos por ser mejores, de ocupar primeras planas de la actualidad, que apenas deja un resquicio para orientarse en un futuro que se antoja lejano.

- Porque este *negar el futuro, o negarse al futuro* es otro de los componentes de esta inestabilidad afectiva o estado de inmadurez, que predomina en quienes, por el momento, lo tienen casi todo al alcance de la mano.
- El deporte de alto rendimiento, pese a sus incertidumbres, ya descritas anteriormente, compensa a los deportistas con una cierta *seguridad* en el presente, que adormece cualquier tipo de previsiones entre las que pudieran enredarse los profesionales.

Es la seguridad del pan para hoy, que impide reflexionar sobre el hambre del mañana.

- Cuando el deportista, no advertido suficientemente de lo que existe más allá de sus años escasos de profesión y de solvencia económica, despierta a su nuevo mundo —mundo que le promete vivir muchos más años que los vividos hasta entonces—, no encuentra *ese fundamento de seguridad* sobre el que se asentaba hace poco, y termina por perderse *incierto* sin saber a qué atenerse.
- Muchos de los deportistas viven disociados del *mundo real*, porque su vida transcurre encerrada en un *mundo virtual*, cuyas situaciones vitales distan mucho de las urgencias a las que serán sometidos tan pronto como abandonen el presente exclusivo en el que profesan sus deberes.
- ¿Cómo se *integra* alguien en un mundo desconocido cuando a él llega como adulto, hablando un idioma que no entienden los que le reciben socialmente, sin más bagaje que una fama caduca, y ojalá con unos ciertos ahorros que le permitan afrontar las *incertidumbres* primeras de su nueva vida?

Entre la suma de saberes y de experiencias que el deporte de alto rendimiento proporciona al profesional no se cuenta el de la ciencia de la *adaptación* a lo que le espera al otro lado del tiempo y del espacio

competitivos. Adaptación que obliga, como todo ajuste responsable, a modificar un comportamiento original en beneficio de una respuesta diferente.

- ¿Y cómo se *adaptan* los profesionales a quienes la falta de información les priva de los recursos más elementales para afrontar un cambio de vida nunca, o apenas, previsto?
- Hay profesionales del deporte de alto rendimiento menores de edad, hay profesionales con los años de la mayoría de edad recién cumplidos, a los que se supone maduros para la competición pero cuya madurez o inmadurez humana apenas preocupa. Y en estas condiciones, ¿cuáles van a ser sus respuestas adaptativas, sin que originen incertidumbres desmedidas, ante los retos de sus nuevos compromisos de vida?

Afirmaba ORTEGA Y GASSET, el año 1937, cuando escribía su prólogo para franceses con el que encabeza su libro sobre *La rebelión de las masas*, «que la realidad humana, siempre móvil, se acelera, se embala en velocidades vertiginosas. *Nuestra época* es de esa clase porque es de descensos y caídas».

Con qué acentos subrayaría el filósofo las mutaciones más que vertiginosas que ahora padecemos, y con qué palabras de inquietud describiría la dificultad para adaptarse a ellas, y sobre todo para humanizarlas. ¿No dijo él mismo en sus *Meditaciones del Quijote* aquello de «yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo»? Entonces, ¿cómo los profesionales del deporte de alto rendimiento, desde su desinformación, pueden salvar su circunstancia futura de toda la incertidumbre que pesa sobre ella?

Si cualquier proyecto de vida, por lo que tiene de investigación humanizadora y de toma de conciencia de futuro, garantiza, al menos en parte, el quehacer ético del ser humano, ¿qué margen de seguridad, o de ausencia de incertidumbre, concedemos a unos deportistas anclados en un presente abusivo y ayuno de los más sencillos pronunciamientos de futuro?

* * *

Las ALTERNATIVAS a esta preocupante incertidumbre que emana del proceso frustrado de integración, vendrían de la mano:

- Una vez más y por qué no, del *respeto* a la condición humana del deportista, aturdido durante su exiguo tiempo de profesiona-

lismo por múltiples distracciones que le impiden prepararse —aquí sí que emplearíamos la palabra exigente, propia del entrenamiento, con todo su rigor—, para que el ingreso en su vida futura no le perturbe.

- De la *información* que no escamoteara la verdad ni la configurara como una verdad a medias.
- En tercer lugar, y de modo parecido a como suele acontecer en los procesos de envejecimiento y jubilación, de la forja de unas nuevas señas de *identidad desde la distancia*. Dicho con las mismas palabras de HABERMAS, sería el esfuerzo que permitiera a los deportistas, «a los individuos permanecer idénticos a sí mismos, incluso en las profundas mutaciones de la estructura de su personalidad con las que responden a situaciones contradictorias».

* * *

4. Reflexiones finales

1. Las palabras anteriores son una *muestra*, nada más, de las dudas que agobian al deportista de alto rendimiento, y un *aldabonazo* al vacío de respuestas humanizadoras, que permitirían que sus incertidumbres disminuyeran o que resultaran asumibles más fácilmente.

2. Hemos enfocado nuestras ideas sobre las incertidumbres en medio de un mundo en mutación, no tanto en torno al deporte, sino alrededor de los *deportistas*, porque estamos convencidos de que el reto de la *humanización del deporte de alto rendimiento*, ni está conseguido hoy, ni mucho nos tememos no siga envuelto en una incertidumbre preocupante. Y si hablamos de humanización lo hacemos, en primer término, en favor de quienes hacen posible ese tipo de deporte de alto rendimiento, que no son otros que los deportistas profesionales.

3. Si el ser humano lo es, fundamentalmente, por definirse como un *ser problema*, un ser no hecho del todo nunca, en palabras de GARCÍA BACCA, el mero hecho de estar abierto a las incertidumbres no significa ni que el deportista sea un fracasado ni que esté envuelto en el caos. Sencillamente es alguien que acepta convivir con la necesidad de seguir buscando soluciones a todas aquellas posibilidades que se abran frente a él.

4. Y ese *deportista-problema* reconoce, que por ser humano es un *ser futurizo*, como le gusta decir a JULIAN MARIAS, al que no le asus-

tan los *cambios*, ya que son todas estas mutaciones las que favorecen cualquier tipo de apertura a nuevos modos de vida. Otra cosa será que acierte a conciliar incertidumbre de futuro, que no tiene por qué ser caótica, con seguridad de presente, que no tiene por qué ser definitiva.

5. Si por vivir el presente, al deportista se le escapa el futuro, y por saciarse del tiempo de hoy reniega de construir un *proyecto de futuro*, entonces no será ni siquiera dueño de su actualidad por muy revestida que esté de soluciones agradables.

6. Al deportista puede sucederle que la experiencia de los acontecimientos inmediatos, que le preocupan, le ofusque la visión de las mutaciones del mundo en el que vive. Y que entienda que *nada está cambiando* a su alrededor, como si el mundo permaneciera estático, o al menos tan inamovible o tan seguro en sí mismo como lo está él en el tiempo de su actividad profesional.

7. Las incertidumbres más penosas son las que hemos descubierto al hablar de los niños y de los jóvenes que se ofrecen, incapaces apenas de justificar sus deseos a un futuro todo misterio. Las *manipulaciones* que condicionarán negativamente el desarrollo humano de esos campeones en ciernes, convertirían a esos niños en seres despersonalizados, introducidos a la fuerza en un mundo que no admite fracasos, y abandonados, en muchos casos, al vaivén de unas circunstancias imposibles de ser controladas.

8. El reconocimiento de las incertidumbres no significa que el deporte de alto rendimiento sea deshumanizador. Sí lo sería negar sus peculiaridades, cruzarse de brazos, silenciar los retos que comporta y enmascararlo de *verdades a medias* que a nada conducen. Ya hemos respondido positivamente a cada una de las situaciones inciertas, que hemos examinado.

9. Estamos preocupados y al mismo tiempo dispuestos a seguir incorporando elementos que *humanicen* este fenómeno humano, no suficientemente humanizado, del deporte de alto rendimiento.

